

Autor: Abilio Ayuso

LA BRUJA

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



La naturaleza es cruel e insensible y crea mutaciones aleatorias, mejores o peores, algunas prosperan, pero la mayoría se extingue sin remedio.

+14

Laya era una mutación humana de las que en tiempos prosperó depredando a su propia especie.

En la antigüedad recibieron muchas denominaciones, desde la griega Empusa, la hebrea Lilith, la maya Xtabay, la vasca Lamia, y la más común Bruja, en el peor de los sentidos.

Pero en un momento dado, el sapiens/sapiens reaccionó y fueron prácticamente aniquiladas de la misma forma que anteriormente lo fue el Neandertal, a pesar de su mayor fortaleza.

Muchas pobres desgraciadas fueron ejecutadas injustamente, pero como dijo un inquisidor: “Prefiero antes quemar cien inocentes que dejar una sola culpable con vida”.

Si ella había sobrevivido fue gracias a que sus ancestros se movieron en un ambiente rural mostrando un perfil muy bajo y sin apenas hacer uso de sus capacidades, pero muy probablemente era la última representante de su especie.

Además de un físico equiparable al de la mejor atleta, pero sin necesidad de preparación alguna y una belleza extraordinaria, poseían la capacidad intelectual de una científica de primera línea y una intuición natural que muchos animales quisieran.

Pero lo más sorprendente era la minúscula glándula junto a la pineal, de apenas el tamaño de un guisante, que les confería la capacidad de transformación reversible que era su principal seña de identidad.

Cualquier biólogo se hubiera vuelto loco contemplando como de las puntas de sus dedos crecían a voluntad en pocos minutos unas uñas aceradas que podían excretar veneno y otras tantas en los pies, más unos caninos inferiores y superiores que deformaban por completo su casi siempre dulce aspecto.

También los ojos cambiaban de forma y color al dotarse de visión nocturna, otro de sus poderes era el de la mimetización con la naturaleza, una cualidad más psíquica que física, estando en modo oculto, un experto cazador podía pasar por su lado sin apercibirse.

Pero el colmo de la sorpresa se lo hubiera llevado al comprobar que, en igual tiempo, eran capaces de revertir esas características regresando a una apariencia completamente normal, aunque ningún hombre había sobrevivido para ser testigo del segundo efecto.

Desde tiempos inmemoriales habían sido depredadoras de la humanidad, principalmente los varones, utilizándolos para la reproducción cuando les convenía,

para generalmente acabar devorándolos, sintiendo especial predilección por el cerebro, hígado y testículos.

Los hijos varones no heredaban ni transmitían ninguna de sus características, por tanto, al nacer uno de ellos, generalmente lo abandonaban en algún lugar en que pudiera ser recogido, o tal vez en lo profundo de un bosque, o lo devoraban, dependiendo del instinto maternal de la parturienta.

Laya habitó con su madre en una pequeña granja de una región casi despoblada en el norte de Rusia, teóricamente eran una viuda y su hija, una familia pobre que mal vivía sin hacer ostentación alguna, aunque en realidad no les faltaban recursos ya que de vez en cuando su madre se arriesgaba a desplazarse todo lo lejos posible de su vivienda, siempre en lugares diferentes, regresando con algo de dinero o artículo valioso, pero que no pudiera identificarse, y provisión de exquisiteces en forma de vísceras humanas.

Lo curioso es que no eran aficionadas a comerse los propios animales que criaban, los consideraban como de la familia y los usaban más bien de coartada por si alguien se preguntaba a qué se dedicaban. Para alimentarse, además de los hombres, preferían cazar alguna especie que resultara abundante, principalmente machos.

La madre de Laya le insistía en la necesidad de pasar desapercibidas, siempre le repetía: “Mi instinto me dice que somos las últimas de una especie que en su día fue grandiosa, pero la gran ventaja del ser humano es su número, se reproducen como conejos, no importa cuantos llegáramos a matar en el pasado, siempre había más y más”.

“Pero madre, estamos en el siglo veintiuno, hoy en día ya no buscan a las brujas para quemarlas, si nos diéramos a conocer y prometiéramos no dañar a nadie, tal vez podríamos integrarnos en la sociedad, incluso ser famosas y ganar mucho dinero”.

“Que ingenua eres mi niña, se nota que no conoces a los hombres, nunca admitirían nuestra existencia, nos catalogarían de locas peligrosas, o enfermas infecciosas, nos encerrarían en algún lugar secreto para hacer con nosotras los experimentos más horribles que se les ocurrieran y acabar diseccionándonos vivas. En comparación, la antigua hoguera nos parecería una muerte piadosa”.

Laya aprendió de su madre todos los trucos de la transformación y como utilizar con ventaja sus habilidades, hasta que la consideró lo suficientemente preparada y la mandó de caza.

Escogieron para ello un lugar a quinientos kilómetros de su hogar, donde la madre nunca había actuado. Aprovechando el buen tiempo se desplazó con su pequeña moto de montaña, principalmente de noche, el pequeño bidón de plástico lleno de combustible hizo que no necesitara repostar, así pasó desapercibida hasta encontrar su presa, un enorme leñador que faenaba apartado de la civilización al que se acercó con aire de inocencia y la excusa de preguntarle una localización.

Al hombretón se le pusieron las hormonas a tope al contemplar aquella preciosa jovencita que no era de aquella zona y no se le ocurrió mejor idea que violarla, le pareció genial la docilidad con la que ella se dejaba desnudar, pensó que estaría acobardada por su corpulencia.

Laya se dejó hacer y cuando aquel cerdo estaba más emocionado encima de ella notó como cuatro largas garras se clavaban a ambos lados de su cuello dejándolo completamente paralizado, a partir de ahí la chica se quitó de encima su mole como si fuera el cuerpo de un niño y le dijo sonriendo: “¿Has disfrutado mucho?, pues ahora toca sufrir”.

En otras circunstancias se hubiera limitado a matarlo antes de comenzar con la extracción de sus órganos, pero aquel desgraciado que la había violado y posteriormente la hubiera asesinado con toda seguridad para que no pudiera denunciarlo no merecía tanta compasión.

Comenzó arrancándole los testículos y devorando uno golosamente ante sus aterrados ojos mientras guardaba el otro para su madre, luego le tocó el turno al hígado al que dio un par de bocados antes de envolverlo en una bolsa de plástico, para finalmente decirle: “Me gustaría comerte el cerebro mientras aún estás vivo, pero no se puede conseguir todo en la vida”.

Un par de certeros golpes con su propia hacha y quedó en disposición de extraerle los sesos, luego seccionó brazos, piernas y el torso en varios trozos y los fue ocultando en lugares donde no se encontrarían fácilmente, así las alimañas tendrían tiempo de apurar los huesos antes de que alguien hallara los restos, si es que los hallaban, seguidamente cargó su pequeña moto en la camioneta, la condujo hasta el borde de un pequeño pero profundo lago y dejó que se hundiera después de haber sacado el dinero y cualquier cosa que pudiera serle de utilidad que cargó en un fardo en la parte trasera de su moto.

El combustible que había extraído al vehículo le sirvió para realizar de sobras el viaje de regreso sin repostar.

Sin embargo, al regresar le aguardaba una mala sorpresa, un oso blanco, despistado de su entorno natural, había atacado la granja en busca de presas, su madre probablemente se había encontrado con la bestia sin tiempo de tomar una escopeta y la lucha había acabado en tablas, allí yacían los dos cadáveres.

Maldijo el no haber estado allí para ayudarla y maldijo que su aprovisionamiento la hubiera mantenido tres días fuera. Cuando acabó de llorar y maldecir se puso a pensar y tomó una determinación, siempre le había fascinado Francia con sus cálidas costas del sur y las inmensas montañas de la cordillera de los Alpes, donde los esquiadores se deslizaban a toda velocidad como seres gráciles.

Gracias a los paneles solares y la pequeña antena parabólica, podía pasarse horas contemplando en su ordenador portátil los lugares que le gustaría visitar y, como no, aprendiendo el idioma. Su madre nunca la hubiera dejado viajar, pero ahora que no estaba, por lo menos podría cumplir su sueño.

Antes que nada, trató de inculcar a sus animales la idea de que se dirigieran hacia el sur evitando al ser humano y sus instalaciones, les dio la orden de partir y les siguió cariñosamente con la vista, ella ya no podría cuidarlos, pero caminado tranquilamente tal vez podrían llegar a un clima más templado antes de que apareciera el crudo invierno del norte de Rusia.

Acto seguido montó una enorme pira de leña donde incineró el cuerpo de su madre para esparcir posteriormente sus cenizas por el valle. Con algún esfuerzo arrastró el cuerpo del oso para finalmente arrojarlo al río y que la corriente lo llevara lejos de allí.

Finalmente tomó aquello que podía serle de utilidad, lo cargó en una enorme mochila y se dispuso a partir, no tenía ningún deseo de continuar sola en aquella zona perdida del culo del mundo.

Antes de marchar dejó cuatro largas velas encendidas en el interior de la casa y un palmo más abajo unas balas de paja untadas con aceite y resina bajo los muebles apilados, cuando estaba a punto de cruzar con su moto las lejanas montañas se detuvo en lo alto, enfocó los prismáticos y contempló con satisfacción la columna de humo que se elevaba a lo lejos desde lo que antes había sido su hogar, nadie lo aprovecharía ni profanaría.

Ya de por sí, su raza consideraba a los hombres como un subproducto de la naturaleza, zánganos despreciables que sólo servían para procrear y ejecutar acciones malvadas, Laya no había tenido apenas contacto con ninguno de ellos, pero el encuentro con el leñador le reafirmó la idea.

Aunque su destino final era recorrer Francia, no tenía ninguna prisa en llegar, su prodigioso cerebro había escudriñado Google Maps al mínimo detalle y trazado una ruta con varias alternativas por lugares poco habitados.

Cada cierto tiempo y mucha distancia mataba un hombre para robarle y alimentarse, aunque en realidad podía tomar comida como cualquier otra persona, las vísceras blandas de los machos la volvían loca.

Procuraba escoger hombres solitarios de aspecto rudo, comenzar una conversación con cualquier excusa hasta que normalmente intentaban propasarse con ella. Si alguno no lo intentó Laya pensó que sólo sería cuestión de tiempo porque todos eran la misma mierda y acabó actuando con ellos de igual forma.

Procuró que los cadáveres quedaran suficientemente ocultos para que tardaran en descubrirlos y dentro de lo posible utilizar diferentes patrones de actuación para que

costara atar cabos y pensar en un asesino único, aunque... ¿Quién iba a sospechar que aquella muñequita dulce era capaz de cometer tales atrocidades?.

Al atravesar la frontera francesa su vetusta moto comenzó a fallar estrepitosamente, le quitó la matrícula y cualquier seña de identidad y aprovechó la tranquilidad de la madrugada para lanzarla al montón de metal por encima de la valla de un desguace de vehículos, allí no se preguntarían de donde había salido y la tratarían como una chatarra más.

Lionel era un programador de primera línea que con su equipo informático se podía permitir el lujo de trabajar en cualquier lugar del mundo que tuviera buena conexión a Internet.

Era un viajero incansable al que le encantaba descubrir rincones que no aparecían en las guías turísticas, a pesar del hándicap de tener que hacerlo sólo.

Si tomamos la imagen del ligón conquistador que deja boquiabiertas a las mujeres... Él era todo lo contrario, a sus treinta y bastantes años, con una calvicie más que incipiente, una barba poco poblada, físico enclenque, rostro sin ningún atractivo rematado con unas gruesas gafas de pasta, era el último hombre en el que se fijaría una mujer medianamente atractiva. Si a ello añadimos su timidez y falta de carisma, se puede comprender porque siempre le tocaba viajar solo.

Tal vez hubiera podido ligar con algún esperpento de chica o una gorda fea y desesperada, pero encima el cabrón tenía buen gusto y dignidad y se decía a sí mismo que más valía estar sólo que mal acompañado.

Al regresar de Alemania por carreteras secundarias, a la altura de Wissemburgo, ya en Francia, observó una muchachita cargada con una enorme mochila que hacía autostop.

Normalmente no recogía a nadie, principalmente por temas de seguridad, pero le dio pena aquella chiquilla frágil en plena carretera al anochecer, además pensó que por lo menos tendría una compañía agradable durante algunos kilómetros por tanto, detuvo el coche a su lado abrió la ventanilla y le preguntó: “¿A dónde vas?”.

“Quiero llegar a París, ¿Me puedes acercar unos cuantos kilómetros?”.

“Te puedo acercar todos los kilómetros, vivo allí, pon la mochila en el asiento trasero y sube”.

Laya estaba encantada con su suerte, acompañada de un nativo podría llegar a su destino sin levantar sospechas en un coche confortable que no se parecía a los que rodaban por el norte de su país, arrojó la mochila con una facilidad sorprendente, ocupó la plaza del copiloto y se dispuso a ser amable con su transportista, al menos de momento: “Hola, soy Laya y vengo desde el norte de Rusia haciendo turismo, pero mi moto dijo: - Ya no puedo más - Y he decidido continuar como sea”.

“Encantado, soy Lionel y me encanta viajar, soy el mejor cicerone que puedas encontrar, pregúntame cualquier cosa que quieras saber de Francia, pero me muero de curiosidad: ¿Como se le ha ocurrido a una jovencita como tú viajar sola desde tan lejos?”.

“Por accidente, mi madre y yo teníamos una granja en el norte y un oso la mató, por supuesto no quise continuar yo sola, liberé a mis animales, quemé la granja y me marché rumbo a París”.

“Que valiente, viajando tu sola, ¿Y no has tenido ninguna mala experiencia?”.

“Alguna sí, hay hombres que piensan que pueden abusar de ti porque nadie te acompaña, pero pude salir adelante, las rusas somos fuertes”.

“Afortunadamente esos desgraciados son minoría”.

“Pues yo pienso que más bien es al revés”.

“No lo creas, diría que has tenido mala suerte, no me gusta ponerme méritos, pero a mí en la vida se me ha ocurrido abusar de una mujer”.

“Entonces tú eres la excepción”.

Siguieron hablando animadamente durante un par de horas, Lionel venció su timidez tal vez por encontrarse en una posición predominante, viajaban en su coche, estaba haciendo un gran favor a la chica al llevarla a su destino y era un experto en todo lo que a ella le encantaba, al final se decidió a preguntarle: “Laya, ¿Te espera alguien en París?, ¿Tienes mucha prisa por llegar?”.

“¿Esperarme?, que va, no conozco a nadie allí, bueno excepto a ti”.

“Vale, lo digo porque faltan cinco horas de camino, no me gusta conducir de noche y vengo cansado de un largo viaje, podemos parar en un hostel y continuar por la mañana, no te preocupes por el gasto, invito yo a una buena cena, una habitación confortable con baño para ti sola y un excelente desayuno, piensa que tú también me haces el favor de acompañarme y charlar conmigo, con lo simpática que eres, un viaje que hubiera resultado de lo más aburrido, se me hará corto”.

“Me harás un favor si pagas tú porque no creo que acepten rublos en el hostel, lo que me parece un abuso por mi parte es el gasto de tomar dos habitaciones, utilizaremos una sola, de esa forma además pareceremos una pareja de novios, no levantaremos sospechas y podrás seguirme explicando cosas de Francia hasta que nos durmamos”.

“¿Que huyes de algo o alguien?”.

“No se lo digas a nadie, pero he cruzado ilegalmente varias fronteras con mi moto de montaña, tengo pasaporte ruso, pero no visado de entrada en la Unión Europea, ahora si te molesta dormir conmigo...”.

“Estaría loco si me molestara la compañía de una chiquilla tan preciosa y simpática como tú, pero te confieso, eso sí, que me da mucho corte, no tengo la costumbre porque las mujeres no acostumbran a querer compartir nada con un hombre como yo”.

“¿Porqué, las tratas mal?”.

“Todo lo contrario, si alguna quisiera compartir mi vida la trataría como a una princesa”.

“Pues no entiendo que te ven de malo”.

“Pues que tal vez no soy el tipo de macho agresivo, fuerte y poderoso que ellas prefieren”.

“¿Eso quieren las francesas?, están locas”.

A Lionel no le costó más de cinco minutos encontrar en el Google Maps un hostel con encanto, telefonar y reservar cena y estancia para dos. Al llegar, nuevo corte, la habitación era muy acogedora, pero con cama tipo matrimonio, el pobre chico se deshacía en excusas: “Laya, yo... no sabía que... pero es que es la última que les queda, pero no te preocupes, puedes dormir tranquila, soy un verdadero caballero”.

Ella sonriendo contestó: “Mi instinto me dice que, si lo eres”, y luego pensó: “Y si no lo fueras te ibas a llevar una mala sorpresa”.

Aunque no eran testículos ni sesos, el foie de pato y el solomillo al punto casi sangrante dejaron a Laya bastante satisfecha, así como el vino Châteauneuf-du-pape, del cual comentó: “Me gusta, no pega tanto como el vodka, pero es muy aromático, me recuerda al campo en primavera”.

Después en la habitación, al acostarse, Laya se dio cuenta de que el pobre muchacho estaba rígido como un palo a punto de caerse por el borde de la cama, le hizo girar tomándolo de un brazo y le dijo: “No voy a permitir que me invites a todo para hacerte pasar una noche horrible, relájate y ocupa tu parte de la cama. Bueno, como veo que te cuesta ya tomaré yo la iniciativa”. Dicho lo cual le abrazó con brazos y piernas.

En principio Lionel aún se puso más tenso, pero al final se fue haciendo la idea y hasta se atrevió a acariciar el pelo y la cara de la chica, ella sonrió y le dijo: “¿Mejor así verdad?, pues hala, a dormir que mañana has de estar despierto para conducir”.

Luego pensó: “A este tardaré en comérmelo, es mi transporte a París, casi seguro que me invita a su casa y me enseña toda la ciudad totalmente gratis, así que mientras tanto... A tratarlo bien”.

Después de un buen desayuno emprendieron el camino, luego de un buen rato de conversación surgió un tema inevitable: “Laya, sino conoces a nadie en París, ni tienes moneda local, ¿Dónde piensas alojarte?”.

“Con toda sinceridad, no tengo la menor idea”.

“Tengo un bonito piso en un lugar con encanto, La Plaza des Vosgos, vivo sólo y no por gusto, me harías un honor si quieres alojarte conmigo, tendrás tu propia habitación y baño, y como has podido comprobar en el hostel, no tengo malas intenciones hacia ti, además soy el mejor guía de París que podrás encontrar”.

“Bueno... Yo te hago el honor y tú me haces el favor, es una relación ganador/ganador, pero... ¿Tu habitación es pequeña y con una cama estrecha?”.

“Que va, es amplia y con una cama enorme”.

“Entonces, ¿Porque no la compartimos?, así podemos charlar hasta dormirnos, nos despertamos y nos ponemos en marcha al mismo tiempo, ya hemos dormido juntos en el hostel y ni tú has intentado violarme ni yo te he mordido”, Mientras tanto pensaba: “Aunque no me han faltado ganas”.

“A mí nunca se me hubiera ocurrido proponértelo, pero me parece genial”.

Una vez superada la timidez con su nueva amiga, Lionel demostró que era el acompañante perfecto, simpático, instruido, conocedor de la zona, generoso y con buenos recursos económicos, lo cual hizo que Laya pospusiera su muerte hasta disfrutar de todos los rincones de la ciudad y alrededores.

Fue al cabo de cuatro noches cuando ella, al acostarse le dijo: “Mi intuición femenina me dice que te gusta mi compañía, pero hay algo que falla, ¿Qué es?, ¿No te trato bien?”.

Lionel se puso rojo, balbuceó un poco y contestó: “Bueno, ya sabes, tú me pareces maravillosa, pero al mismo tiempo una diosa inalcanzable, y eso me entristece”.

“Ya entiendo, te gusto y darías lo que fuera por hacer el amor conmigo, pero por educación, caballerosidad y respeto nunca te atreverás ni siquiera a insinuarlo”.

“Has acertado de lleno”.

“La verdad es que te estoy maltratando, te pongo la miel en los labios y no te dejo probarla, pero eso va a cambiar, haremos el amor todo lo que tú quieras, pero con una condición”.

“Lo que tú me pidas cariño”.

“Nunca me harás ninguna pregunta, ni sobre mi vida pasada, ni si te quiero, ni si me gustas, ni si me haces feliz, ni que planes podremos tener para el futuro ni nada de nada, tampoco harás afirmaciones que impliquen una respuesta como: Quiero casarme contigo o algo así, pero, eso sí, puedes preguntarme sobre si me gusta un museo, una comida o un restaurante”.

“Si mi diosa me lo pide yo no abro la boca”.

“Pues que no se te olvide, hala, desnúdате y ven conmigo”.

El pobre Lionel no fue el amante diez, ni mucho menos, en su estreno apenas aguantó tres minutos, la segunda vez se puso tan nervioso que no pudo culminar, la tercera en la madrugada ya fue bastante mejor, los días siguientes se fue normalizando y en ocasiones le pareció que ella también culminaba, pero no se atrevió a preguntar.

Por un lado, Laya estaba feliz de haber cumplido su sueño, pero cada día que pasaba la apremiaba más el deseo de matar y devorar a un hombre, cosa que no podía hacer estando permanentemente con Lionel, finalmente tomó una determinación, en tres días acabarían de ver algunas cosas de los alrededores y se desharía del muchacho, más adelante continuaría su aventura por el país.

Sin embargo, cambió de opinión cuando él le mostró vídeos de la Costa Azul, y las muchachas que tomaban el sol en tanga con sus hermosos pechos al aire mientras le decía: “Pues si no vamos será porque no quieres, ya sabes que yo puedo trabajar desde cualquier sitio y también tomarme unos meses sabáticos”.

“¿De verdad me acompañarías?”.

“Por supuesto, desde Niza a Colliure, pasando por Cannes, Mónaco, Saint Tropez...”.

“¿Y también eres un guía experto?”.

“Por supuesto, conozco hasta lo que no sale en las guías”.

Aunque la idea final era matarlo y comérselo, hubo más dilaciones, de hecho, no tenía prisa, al acabar la costa subieron por los Pirineos, tranquilamente, deteniéndose el tiempo que deseaban en los lugares que más le gustaban a ella.

Aunque él era un buen montañero, quedaba alucinado viendo a Laya trepar por los riscos sin cansarse, también le sorprendía su dieta eminentemente carnívora, pero en Francia no tenía problema para conseguir comer riñones, hígado, platos de carne cruda como el steak tartar, el carpaccio, o a la brasa muy poco hecha.

En una ocasión en que le indicó que tal vez no era una dieta muy sana, ella sonrió y le contestó: “Puedes estar seguro de que viviré mucho más que tú”.

El respondió: “Claro, eres mujer y mucho más joven”. Pero por supuesto no captó la segunda intención de la frase.

En muchas ocasiones Laya pensó en sucumbir a su deseo de comer vísceras crudas, matando a Lionel y continuando sola su camino, pero él tenía la costumbre de mostrarle en el ordenador portátil y exponerle de palabra las maravillas que verían los días siguientes, balnearios, castillos, hotelitos encantadores, montañas, museos, pueblecitos medievales, el muchacho se explicaba con vehemencia sabiendo hacer que su interlocutora se quedara con ganas de que la llevara a esos sitios. Nunca imaginó la cantidad de veces que aquella circunstancia le había salvado la vida.

En Lourdes él se mostró un poco escéptico respecto a la supuesta aparición milagrosa de la Virgen, pero ella respondió: “Tú has vivido siempre en una ciudad cosmopolita, rodeado de lógica y tecnología, sin embargo en el norte de Rusia las cosas son diferentes, no te digo que aquí viniera la madre de Dios, pero algo sucedería, puedes estar seguro de que existen en el mundo muchas más cosas de las que vuestra ciencia racional conoce, y te aseguro que no soy católica”.

Siguieron hasta San Juan de Luz, en la costa atlántica y a Laya le pareció perfecto seguir costeando hasta Dunquerque.

Lionel aplazó otra vez su propia muerte sin saberlo cuando habló a Laya de los castillos del Loire, las ciudades amuralladas, los parques naturales y tantas otras maravillas, ella veía lo que tantas veces había soñado con la misma ilusión que una niña en la fiesta de los Reyes Magos.

Aún no habían acabado todo lo previsto cuando al inicio del invierno Laya enloqueció viendo un reportaje acerca de una estación de esquí en los Alpes, abrazó a Lionel diciéndole: “¿Me llevas, me llevas?”

“Claro que sí mi diosa, te pasaré datos y me dices a qué estación quieres ir”.

“A todas, absolutamente a todas las que valgan la pena”.

Lionel hizo un listado de menor a mayor y realizó reservas comenzando por las más sencillas. Sabía que Laya había esquiado mucho en su Rusia natal, pero principalmente esquí de fondo y apenas nada de alpino, pero se quedó pasmado contemplando lo rápidamente que se adaptaba y que poco tardaba en igualar e incluso superar su estilo.

Llevaban ya dos meses y ocho estaciones, el ritmo era frenético, su día a día era levantarse relativamente temprano, desayuno, esquí, una o dos paradas en las acogedoras cabañas en mitad de las pistas para comer principalmente carne a la brasa, luego tal vez algún spa, cena y una copa en algún antro de música en vivo.

Estaban en la Belle Plagne, una de las mejores zonas de una de las mejores estaciones de esquí, Laya salió desnuda de la ducha maldiciendo en francés y ruso indistintamente, Lionel nunca la había visto así y le preguntó preocupado: “¿Qué te pasa mi amor?”.

“Busca una farmacia, consígueme un par de predictors y verás lo que me pasa”.

“Bueno, yo nunca me he atrevido a decirte nada, pero sino tomabas ninguna precaución... Es bastante lógico”.

“En mi caso no es lógico, yo soy bruja y puedo controlar estas cosas, me debo haber descuidado en algún momento, tal vez cuando tomé alguna copa de más, o vete tú a saber”.

Lionel pensó que tal vez era de esos tipos de mujeres con algún poder mental, pero ni mínimamente llegó a imaginar la realidad y sólo acertó a decirle: “No te preocupes cariño en Europa puedes abortar un embarazo no deseado”.

“No, no puedo, imagina que fuera una niña”.

“¿Y si es niño no importa?”.

“Bueno... No es eso, no sé cómo explicártelo, en mi cultura el elemento femenino es muy importante, es la base de la vida y se considera sagrado”.

“Si, pero el masculino es la otra base, la semilla que fecunda”.

“No te equivoques, un volcán en mitad del océano forma una isla en principio estéril, pero si las condiciones climáticas son buenas siempre acaba teniendo una hermosa vida, sin ninguna intervención humana, pero las mejores semillas lanzadas sobre la Antártida no sirven de nada”.

“En eso tal vez tienes razón, si el elemento femenino es adecuado y receptivo siempre aparece una semilla, y volviendo al caso, ya sé que no debo hacerte preguntas, pero en este caso se impone: ¿Qué quieres hacer al respecto?”.

“¿Tú quieres tener un hijo mío?”.

“Claro que sí, a mí me chifla la idea”.

“Pues ya podemos preparar todo, tendrás que legalizarme y hacernos pareja de hecho, nada de casarnos”.

“Mi diosa manda, y yo obedezco”.

Lionel no pudo imaginar que aquel bebé había pospuesto otra vez su asesinato, porque Laya pensó que para sacar adelante a su niña le sería muy útil su ayuda, y en caso de que fuera niño... ya buscaría la forma de que sufriera un accidente fatal, incluso estando aún en la barriga de la madre”.

Pero meses más tarde los escáneres determinaron que era una hembra y Laya se volvió loca de alegría, el turismo se redujo notablemente y le dijo al pobre muchacho: “Tú ya llevas demasiado tiempo de vacaciones así que espabila, que tienes que ganar dinero para que a nuestra hija no le falte de nada”.

Al acercarse el parto ella insistió en que se produciría en casa y de forma totalmente natural, sólo después de mucho insistir, aceptó que estuviera presente una comadrona, pero sin intervenir.

El día señalado Laya aleccionó a la comadrona diciéndole: “Vengo de una región de Rusia del norte donde las mujeres somos diferentes, no se extrañe de nada, pariré sola, no se le ocurra darle el típico azote a la niña, respirará por sí misma, luego devoraré mi propia placenta”.

“No se preocupe señora, todo eso hace unos años hubiera sonado muy raro, ahora hay muchas mujeres que piden un parto ecológico y además se comen su propia placenta, pero después de algún tratamiento, generalmente deshidratada y en cápsulas”.

“Pues yo lo haré tal cual y cruda”.

“Como usted desee”.

Llegado el momento, Laya se limitó a presionar y la niña nació y respiró con normalidad sin ningún quejido por parte de ambas, a partir de ahí la madre comenzó a devorar su propia placenta como si fuera una exquisitez.

Y la niña creció maravillosamente, su madre quiso llamarla Nina, como su abuela, y el padre no osó discutir.

En aquel año 2016 la escolarización no era obligatoria en Francia hasta los seis años y Laya insistió en que no fuera al colegio ni un día antes de aquella edad.

Su padre la instruía en lengua, matemáticas, ciencias e informática, maravillándose de la capacidad de absorción que tenía a tan tierna edad.

Su madre se ocupaba de su entrenamiento físico, idioma ruso, y cuando se hallaban a solas la adiestraba en lo referente a sus capacidades extraordinarias.

Ya de bebé, cuando Laya estaba segura de que nadie podía verlas, ni mucho menos interrumpirlas, se transformaba mostrándole sus garras aceradas, los espantosos caninos y aquellos enormes ojos amarillentos, la niña reía, jugueteaba con las garras, tocaba los dientes y no expresaba ningún temor.

Más adelante, cuando comenzó a tener algo de uso de razón le inculcó la idea de que aquello era un secreto entre las dos, y nadie, ni siquiera su padre, debía saberlo.

Sólo en una ocasión, cuando tenía un añito, puso carita feroz, levantó las manitas como si fueran garras y le dijo a su padre: “Mamá grrrrr”, y se echó a reír.

Su padre también rio y contestó: “¿Mamá juega al coco contigo?, ¡Huy que miedo!”.

Más adelante Laya intento enseñarle a que se transformara, pero la niña parecía tomárselo a broma, se ponía en plan feroz, gruñía y acababa riendo, su madre sabía que ella estaba perfectamente capacitada, pero por alguna razón desconocida no lo hacía.

A los seis años, cuando tuvo que ir al colegio, estaba unos ocho años adelantada a sus compañeros en todos los aspectos, pero su madre le insistió en que mostrara un perfil bajo, que no fuera la primera en nada, mejor la segunda o tercera, eso le costó alguna discusión con su padre que argumentaba: “¿Por qué hay que ocultar que nuestra hija es superdotada?”.

“Porque sería el bicho raro a quien todos señalarían, para bien o para mal, y la envidia es muy mala, nunca podría vivir tranquila”.

La discusión acabó de golpe cuando Nina miró dulcemente a su padre y se limitó a decirle: “Mamá tiene razón”.

Cuando la niña comenzó a ir al colegio, Laya tuvo mucho tiempo libre y comenzó una labor investigadora que siempre había querido acometer: Explorar si en algún lugar remoto del mundo quedaba alguien de su especie.

No le faltaban medios ni conocimientos, a lo que ya sabía se unía lo que Lionel le había enseñado, podía investigar secretamente en modo oculto y hackear datos que no estuvieran disponibles al público en general.

Así, tratando de escarbar la posible verdad que pudiera haber entre tanta cantidad de superstición, leyendas, fábulas y embustes, llegó a la conclusión de que en algún lugar perdido de la selva amazónica sobrevivían, aunque marginalmente, algunos seres como ella y se propuso descubrirlas, rescatarlas e integrarlas en la civilización, pero en modo oculto como ella.

Tomó la decisión cuando la niña cumplió doce años, cambiarían de vida radicalmente, había llegado el momento en que Lionel ya no le servía para nada, incluso al contrario, sería un estorbo porque se negaría a que su hija viajara a esos lugares salvajes, por tanto, decidió cumplir con su tradición y devorarlo.

En este caso se trataba de un hombre del cual no tenía ninguna queja, sino todo lo contrario, por tanto lo preparó todo para que él no sufriera administrándole un potente

anestésico disuelto con la cena, le desabrochó el pijama, se transformó, y acariciando la piel de su vientre con sus aceradas uñas dijo en voz alta: “No tengo ninguna queja de ti, sino todo lo contrario, siempre has querido darme los mayores caprichos y ahora me darás el último, aunque sin ser consciente de ello”.

Cuando estaba a punto de rajarle la tripa con sus afiladas garras notó un horrible dolor desconocido para ella simultáneamente en su antebrazo derecho y el costado izquierdo, mientras una dulce voz, muy conocida le decía a su espalda: “Ni se te ocurra intentarlo mamá, antes de que lo consiguieras sería capaz de matarte”.

Su hija, la que jamás había podido o querido transformarse, lo había hecho ahora y le estaba clavando sus garras, sólo acertó a decir: “Vale, tranquila, no le haré nada, pero desclava tus zarpas”.

Lo hizo lentamente y con cuidado, cuando Laya se volvió vio a su hija totalmente transformada, que le decía mientras lloraba: “Es mi papá, le quiero mucho y no permitiré que le hagas daño, tú haz lo que quieras, márchate si lo deseas, me quedaré muy triste, cómete algún hombre si quieres, pero mejor que sea malvado y muy lejos de aquí, sin comprometernos”.

“Pero cariño, tú sabes lo que he investigado, y te hablé del resultado, es posible que haya más como nosotras, que nuestra especie no esté extinguida”.

“Yo ya no estoy muy segura de cuál es mi especie mamá, si la tuya o la de mi padre”.

“Ya veo la diferencia, eres la primera de nosotras que ha sido educada por un hombre normal, además de por mí, y en este momento no se si alegrarme o entristecerme”.

“Tal vez la mía sea otra forma de supervivencia mejor que las que vosotras habéis empleado desde hace generaciones, integrarnos en la sociedad humana sin depredarla, abstenernos de matarlos y comer sus vísceras, aunque tengamos muchas ganas”.

“¿Así que tú también has sentido el deseo?”.

“Por supuesto que sí, pero dime, ¿Tú crees qué un hombre tiene derecho a violar a una niña, aunque la encuentre muy atractiva y tenga una buena ocasión?”.

“Claro que no, pero los hay que lo hacen”.

“Y la sociedad les castiga con muchos años de prisión, pues nosotras... Lo mismo”.

Al día siguiente Laya habló con Lionel en presencia de la niña: “Vosotros sabéis que he estado investigando acerca de algunas culturas indígenas de la selva amazónica, ¿Verdad?”.

“Si, pero siempre lo has llevado bastante en secreto”.

“Bien, pues creo que he realizado un importante descubrimiento que no quiero anticipar y debo ir a comprobarlo sobre el terreno, tomaré un vuelo a Manaos, la puerta de la selva y a partir de ahí ya me las apañaré”.

“Pero cariño, no debes ir sola, además tu hija te necesita”.

“Me puedo desenvolver mejor sola que acompañada, y en cuanto a la niña... No me vengas con cuentos, tú conoces sus capacidades, más fácil es que te tenga que cuidar ella a ti, que tú a ella”.

Días después se marchó con un equipo de exploradora y un puñado de dólares, lo último que les dijo fue: “No esperéis ni os preocupéis porque no mande noticias, en la selva no hay conexión ni cobertura”.

Al cabo de unos cuantos meses y viendo lo entristecido que estaba su padre, Nina tomó asiento a su lado en el sofá, cogió sus manos y le dijo: “Ya sabes que las mujeres de nuestra familia tenemos un instinto especial, ¿Verdad?”.

“Por supuesto, tanto tú como tu madre habéis dado buenas pruebas de ello”.

“Bien, pues en base a ese instinto puedo asegurarte de que ella jamás volverá, así que si quieres rehacer tu vida con otra mujer, yo no me enfadaré ni me opondré, al contrario, me alegraré por ti”. (Efectivamente nunca volvieron a tener noticias de Laya).

“Gracias por decírmelo, pero ella era mi diosa, jamás podrá haber otra mujer en mi vida”.

“Ella era tu diosa, pero tú no eras su dios, sino el súbdito”.

“Si lo dices porque sólo era yo quien trabajaba y ganaba el dinero, eso nunca me ha importado, siempre he estado de acuerdo, ella me proporcionaba mucho más de lo que costaba, mi vida antes de conocerla era sosa, estúpida y sin sentido”.

“No lo decía por eso, sino por algo mucho más importante”.

“Vaya, vaya, por lo visto mi niña y su mamá me guardaban algún secreto, ¿Acaso me era infiel y tú lo sabías?”.

“Nada de eso, desde que te conocí fuiste su único hombre”.

“¿Pues entonces?”.

“Si yo te dijera que tanto ella como yo, somos de otra raza, aunque yo sea tu hija, y que somos física y psicológicamente distintas, ¿Te asustarías?”.

“De ti no me puede asustar nada, en cuanto a diferencias psicológicas y físicas, ya sé que sois mucho más inteligentes e instintivas de lo normal, y más fuertes y ágiles, pero nada más, te recuerdo que yo te he lavado y te he limpiado el culo de bebé, nunca te he visto nada raro”.

“Si te demuestro que pertenezco a otra especie, incluso a una especie depredadora de la humana, ¿Me aborrecerías o me temerías?”.

“No me jodas que eres una vampira, que no me lo creo porque el sol nunca te ha hecho mella, lo jodido es que me tomaría a broma el asunto si me lo dijera cualquier otra persona, pero precisamente tú, tan inteligente y cuerda, con un sentido común tan fuera de lo normal, me tienes en ascuas, venga demuéstrame lo que sea y no te preocupes, eres mi tesoro, mi niña preciosa, sangre de mi sangre, nada de lo que vea me hará quererte menos”.

“Lo veremos, pues prepárate porque será mucho más fuerte de lo que te imaginas”.

Se quitó los zapatos y calcetines, se concentró y Lionel alucinó al ver como surgían las garras y colmillos, finalmente ella le dijo con una voz algo modificada por el efecto de la enorme dentadura: “¿Podrás seguirme queriendo ahora?”.

Lionel la abrazó y la besó, lloraron juntos un buen rato, al final ella revertió el cambio y hablaron largo y tendido, él le dijo: “Te quiero exactamente lo mismo, aunque preferiría que no tuvieras esta característica física”.

“No estés tan seguro, piensa que eso te salvó la vida”.

“No me querrás decir que tu madre...”.

“Llevaba mucho tiempo de abstinencia de vísceras de hombre y pensó que podrías hacerle un último servicio”.

“Pero no lo entiendo, llevábamos más de trece años juntos, se supone que nos queríamos, hacíamos el amor, ¿Y me iba a comer el hígado tranquilamente?”.

“Míralo de esta forma: ¿Y la granjera que cuida amorosamente a su corderito y al final se lo come?”.

“Bueno, la verdad es que eso nunca he podido entenderlo, pero aun así se trata de otra especie”.

“Esa es la cuestión, en cierto modo yo soy de otra especie, aunque sea tu hija”.

”¿Y cómo te sientes?, ¿Te entran ganas de comerte algún compañero de colegio, o a mí mismo, y te las aguantas?”.

“Papá, ¿Tu eres heterosexual verdad?”.

“Si, claro”.

“¿Te dan ganas de atarme, desnudarme y violarme, a mí u otra niña?”.

“Antes muerto cien veces que me pasara tal cosa por la cabeza”.

“Pues lo mismo, mamá vivió siempre en un lugar remoto, educada por otra de su especie que a su vez había sido educada por otra igual, yo he sido educada por ti, aunque sienta cierto deseo físico de hacer algo, la sola idea me parece monstruosa”.

“Y piensas mantenerte siempre en el anonimato”.

“El día en que se haga pública la existencia de los extraterrestres que hace milenios que nos vienen visitando... Me lo plantearé, porque entonces ya no pareceré tan extraña, seré un bicho raro, sí, pero por lo menos terrícola”.

FIN...